



Abraham nunca dudó de Dios

Queridos niños, hoy vamos a leer una parte de la historia de Abraham, del hombre que más agradó a Dios por su gran fe.

Nunca, pero nunca dudó del amor inmenso de Dios y en los sufrimientos y en las pruebas permaneció siempre seguro de ese amor de Dios por él.

Él es muy importante para nosotros porque es nuestro padre en la fe.

Nosotros también debemos estar seguros de lo grande que es el amor que Dios nos tiene.

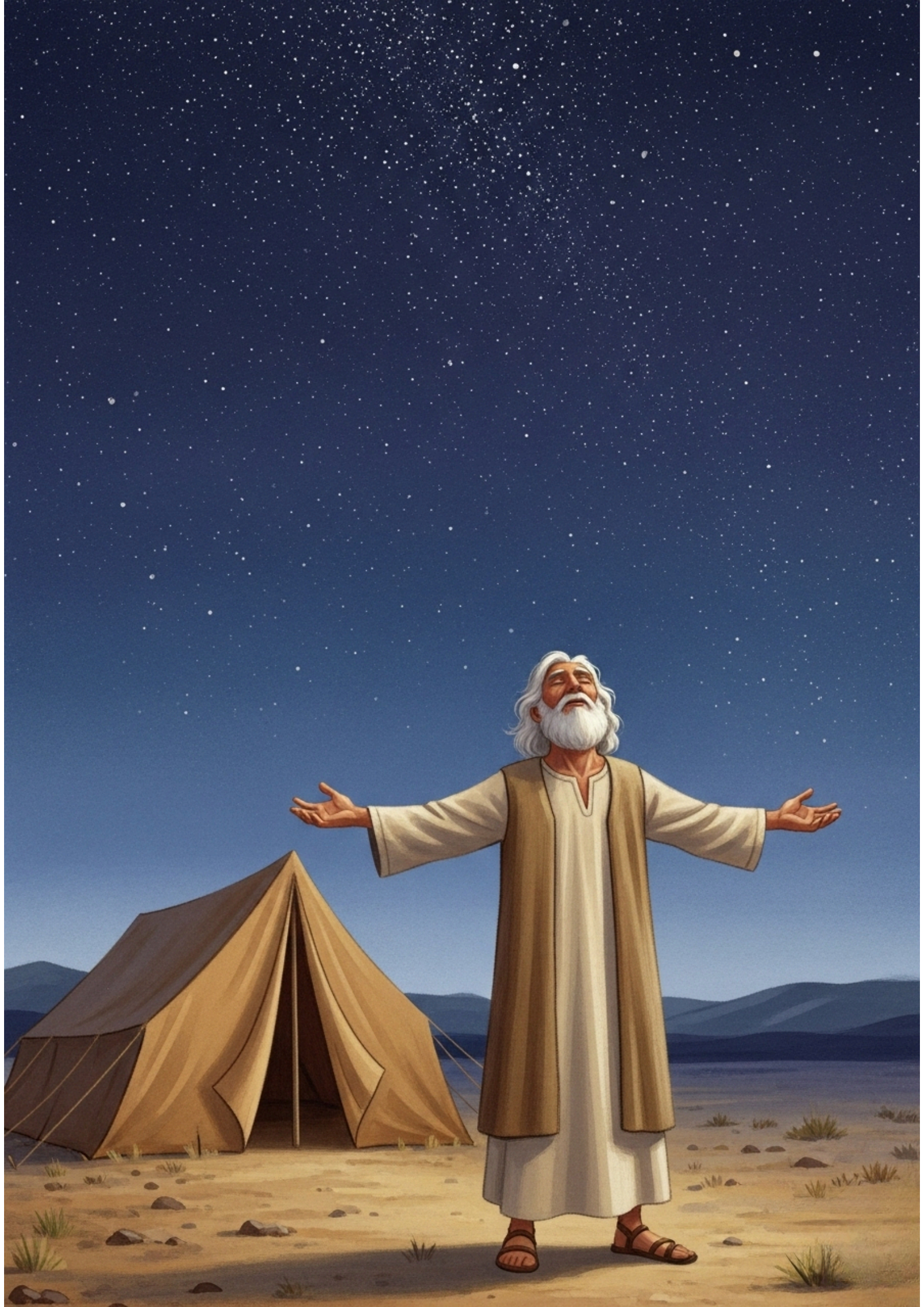


Hace mucho tiempo, en una ciudad llena de gente llamada Ur, vivían Abraham y su esposa Sara. Eran personas bondadosas que siempre intentaban hacer lo correcto. Un día, Abraham escuchó la voz de Dios en su corazón que le dijo: "Deja tu hogar y a tus parientes, y ve a la tierra que yo te mostraré". Sin saber exactamente a dónde irían, Abraham y Sara decidieron confiar y comenzaron a empacar.



El viaje fue muy largo. Cruzaron ríos anchos y desiertos de arena dorada que parecía no tener fin.

Abraham guiaba las caravanas mientras Sara cuidaba que nada se perdiera. A veces el sol quemaba y los pies les dolían, pero Abraham recordaba las palabras que había escuchado. "La obediencia nos llevará a un lugar seguro", le decía a Sara mientras caminaban bajo el cielo azul.



Una noche, cuando el silencio del desierto era más profundo, Abraham escuchó la voz de Dios. "Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, si es que puedes".

Abraham se levantó con curiosidad y caminó hacia la arena fresca bajo la inmensidad del firmamento. Se sentía pequeño, pero muy amado en medio de la paz nocturna.



Abraham alzó la vista y vio miles de puntos brillantes que decoraban la oscuridad.

"Así de numerosa será tu descendencia", prometió Dios. Abraham creyó en esa promesa con todo su corazón, imaginando un futuro lleno de pueblos que amen a Dios.



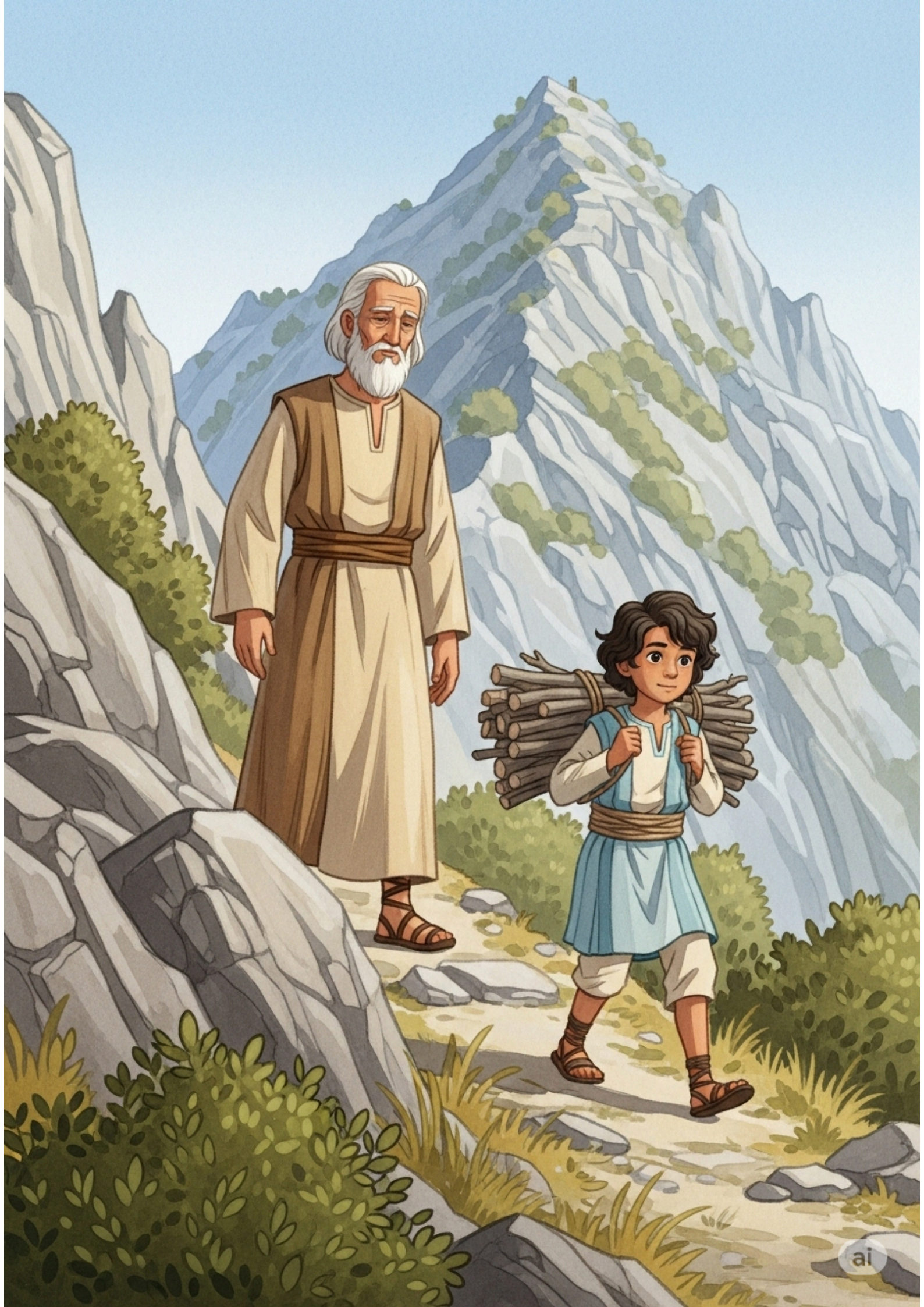
Los años pasaron y Sara envejeció más. A veces, le resultaba difícil creer que un bebé pudiera llegar a su hogar después de tanto tiempo. Pero un día, la alegría inundó su corazón. Dios cumplió su promesa. Sara sonrió como nunca antes, sintiendo que un milagro estaba creciendo en su interior.



La promesa se cumplió de la manera más hermosa. Nació un niño sano y fuerte al que llamaron Isaac, que significa "risa". Sarah abrazaba a su pequeño con un amor infinito, y cada vez que lo miraba, recordaba las estrellas que Dios le había mostrado a Abraham aquella noche sagrada.



Isaac creció rodeado de amor. Abraham le enseñaba a cuidar los rebaños y a apreciar la belleza de la creación. El niño era la luz de sus ojos y la prueba viviente de que Dios siempre cumple lo que promete. Padre e hijo pasaban largas tardes caminando y conversando de Dios bajo el sol.



Un día, Dios quiso probar la fe de Abraham. Le pidió que llevara a Isaac al monte Moria para ofrecerlo en un sacrificio.

Fue un camino difícil y silencioso.

Abraham estaba triste, pero confiaba en que Dios tenía un plan, incluso cuando no podía entenderlo. Isaac, con paso firme, acompañaba a su padre cargando la leña.

Y acá niño, te recordamos
que Dios había enseñado a
Adán y a Eva a ofrecer sus
bienes en sacrificios,
que eran como "regalos"
a Dios que simbolizaban la
entrega total de su persona.



Así fue que en sacrificio Caín,
el mayor de sus hijos ofreció
lo peor de sus cosechas a
Dios.

Y Abel, el hermano menor, en
cambio lo mejor de su
ganado.

Dios bendijo entonces la
ofrenda de Abel y no la de
Caín



Abraham e Isaac al llegar a la cima, prepararon el altar. Isaac miró a su padre y preguntó: "¿Dónde está el cordero para el sacrificio?".

Abraham, con voz firme pero llena de emoción, respondió: "Dios proveerá el cordero, hijo mío".

Justo cuando Abraham iba a realizar el sacrificio de su hijo, un ángel lo detuvo y Dios le dijo:

"No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas ningún daño. Ahora sé que Me temes , porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo".



De repente, Abraham escuchó
un ruido entre los arbustos.

Al mirar, vio a un carnero
atrapado por sus cuernos en un
matorral. Dios había provisto el
sacrificio, protegiendo a Isaac y
recompensando la obediencia
de Abraham.



Abraham e Isaac regresaron a casa con el corazón lleno de gratitud. A partir de Isaac, nació una nación tan grande como la arena del mar y tan brillante como las estrellas, recordándonos que siempre debemos confiar en las promesas de Dios.

